



El ayer y el hoy de la formación profesional universitaria



Hace solo un poco más de treinta años la formación profesional acarreaba un gran sacrificio a las personas, jóvenes o adultas, que aspiraban a una carrera universitaria. Muchas trabas tuvieron que vencer para acceder a ella. El trabajo les exigía cumplimiento y horarios definidos igual que los estudios universitarios que, en ocasiones, interferían con la actividad laboral, amén de otros compromisos específicos que también había que cumplir; significaban todo un reto para la consecución del objetivo.



En la concepción antigua de los roles tradicionales de la familia, se consideraba para los hijos varones otra oportunidad de capacitación para la vida al término de la educación básica regular, ya sea para continuar estudios superiores y hacerse profesional o, en su defecto, aprender un oficio, pues eran ellos *“los llamados a ser cabeza de familia y tener la obligación de proveerla”*, entonces, recibían más apoyo de los padres en detrimento de las hijas mujeres.

En este antiguo modo de asumir los beneficios y obligaciones familiares, la mujer aceptaba sin mayor objeción las costumbres de la época. Ellas sí tuvieron que trabajar fuera de casa, concluyendo o no los estudios básicos, en apoyo del hogar y de sus hermanos varones que seguían estudiando. Con el tiempo y los cambios, el acceso a las universidades fue sumándose también para ella, a favor de su propio crecimiento y desarrollo intelectual.

En aquella época, los jóvenes se casaban prontamente y esta tarea también sumaba a las otras; en el caso de las mujeres además, por las obligaciones de la lactancia materna, cuidado personal de los hijos en sanidad o enfermedad, tareas hogareñas, etc. Sin embargo, así se hicieron profesionales competentes, ciudadanos responsables y son muchos los ejemplos que tenemos en nuestra comunidad procedentes de nuestra alma máter.

La idea de la carrera universitaria constituía un ideal para el o la joven amazónicos. Cuando ésta se estableció en nuestra ciudad, las familias que, con gran esfuerzo enviaban a sus hijos a la capital, tuvieron la oportunidad de continuar la unión familiar teniendo a sus vástagos estudiando cerca a ellos, obviando, como es de suponer, muchas angustias por su lejanía.



Sin todavía la eclosión tecnológica que vino luego a revolucionarlo todo, en ese entonces, cada aspirante se preparaba en soledad con el prospecto de la universidad y los libros de la secundaria de cada área temática. No existían como hoy, las mil y una academias preuniversitarias; ni las facilistas respuestas que devienen del ciberespacio; bastaba el entusiasmo, la decisión compartida con la familia y el esfuerzo personal.

Ahora, cincuenta años después, el escenario de la formación profesional ha cambiado sustancialmente. El adelanto tecnológico ha modificado conductas, formas de vida, prioridades, visión de futuro, etc. De algún modo, la brecha preferencial para la profesionalización entre los sexos ha quedado desestimada y más bien son las mujeres las que desean alcanzar este galardón para crecer y tener más oportunidades a futuro. En el entorno actual, hay más facilidades, distracciones y opciones para los jóvenes de ambos sexos; pero, a mayor facilidad, a mayor atracción por lo novedoso, a mayores opciones: más holganza o inconsistente seguridad que raya en la irresponsabilidad.



“El tren del desarrollo” corre para todos, nos involucra, pero no todos suben a este estribo vertiginoso, no todos llegan a comprender esta vorágine de actualizaciones al segundo, en la que los más jóvenes están inmersos con todas sus potencialidades, curiosidad y temeraria actuación, muchas veces. Y ésta es una gran traba ahora para una conducción con miras a la profesionalización seria, congruente y responsable; por consiguiente, la construcción de un hombre y mujer productivos y valiosos para la sociedad.

Las aulas universitarias aún reciben en la convocatoria de los exámenes de admisión, a grupos de jóvenes que eligen las carreras que todos conocemos por su efectividad en la dinámica socioeconómica tradicional de los pueblos; carreras que van resultando poco atractivas, teniendo en cuenta además que las condiciones laborales no son, precisamente, las más alentadoras. ¿Qué hacer? Es posible que sea preciso revisar la oferta académica para una población joven que ya no ve con los mismos ojos las carreras profesionales conocidas. Pero, éste y otros temas son un compromiso de análisis posterior.